

Algunas consideraciones sobre las plantas de la Exposición de las Artes Decorativas

ESTOS breves comentarios al margen de la Exposición de París, no serán críticos; no comentaremos, ni mucho menos discutiremos sobre el éxito o el fracaso de la Arquitectura moderna, o de un arte nuevo, o de la Exposición misma; no señalaremos tampoco las influencias más o menos directas de unos artistas sobre otros, ni juzgaremos el papel de unas naciones frente a las otras, o el de España en particular; no hablaremos de nuevo, ni de clásico, ni de moderno, ni de *avant-garde*, nada de esto dirán estas líneas: hemos leído durante estos meses tantos y tantos libros, revistas, artículos, comentarios, que nos resultaría imposible decir nada nuevo. Todo se ha dicho; por esto nuestros comentarios, ante el temor de probables repeticiones, se reducirán a fijar la atención en las plantas de los pabellones extranjeros.

Confesemos que antes creíamos que un pabellón para una Exposición no pasaba de ser un tema elemental, de escuela, muy al alcance de un alumno de proyectos, pero hoy no opinamos lo mismo; después de frecuentar la Exposición durante unos meses, de observar una y otra vez el ir y venir de las gentes por *le Cour de la Reine*, y de saber qué arquitectos *élites* de cada nación fueron los autores de los pabellones extranjeros de esta Exposición, que en su mayoría fueron levantados sobre plantas mal estudiadas, es decir, al margen de las consideraciones fundamentales, nos induce a creer que el tema no es tan fácil como habíamos creído.

Ciertamente, las consideraciones fundamentales en este caso, serán dirigidas a la circulación y a la visualidad, todavía, quizás, más importante la primera que la segunda; para convencerse bastaba visitar la Exposición en un día de aglomeración y observar cuáles de los pabellones se podían visitar en estos momentos y cuáles quedaban inmediatamente congestionados, *cegados*, por decir así, por la corriente de visitantes.

Decimos también que el elemento esencial es la circulación antes que la visualidad (de los objetos expuestos), porque hay muchas gentes que pasan, sí, pero que no ven, que no miran los objetos, tipo frecuentísimo en las grandes Exposiciones, el de visitante *saturado* e incapaz, por tanto, de nueva atención y de

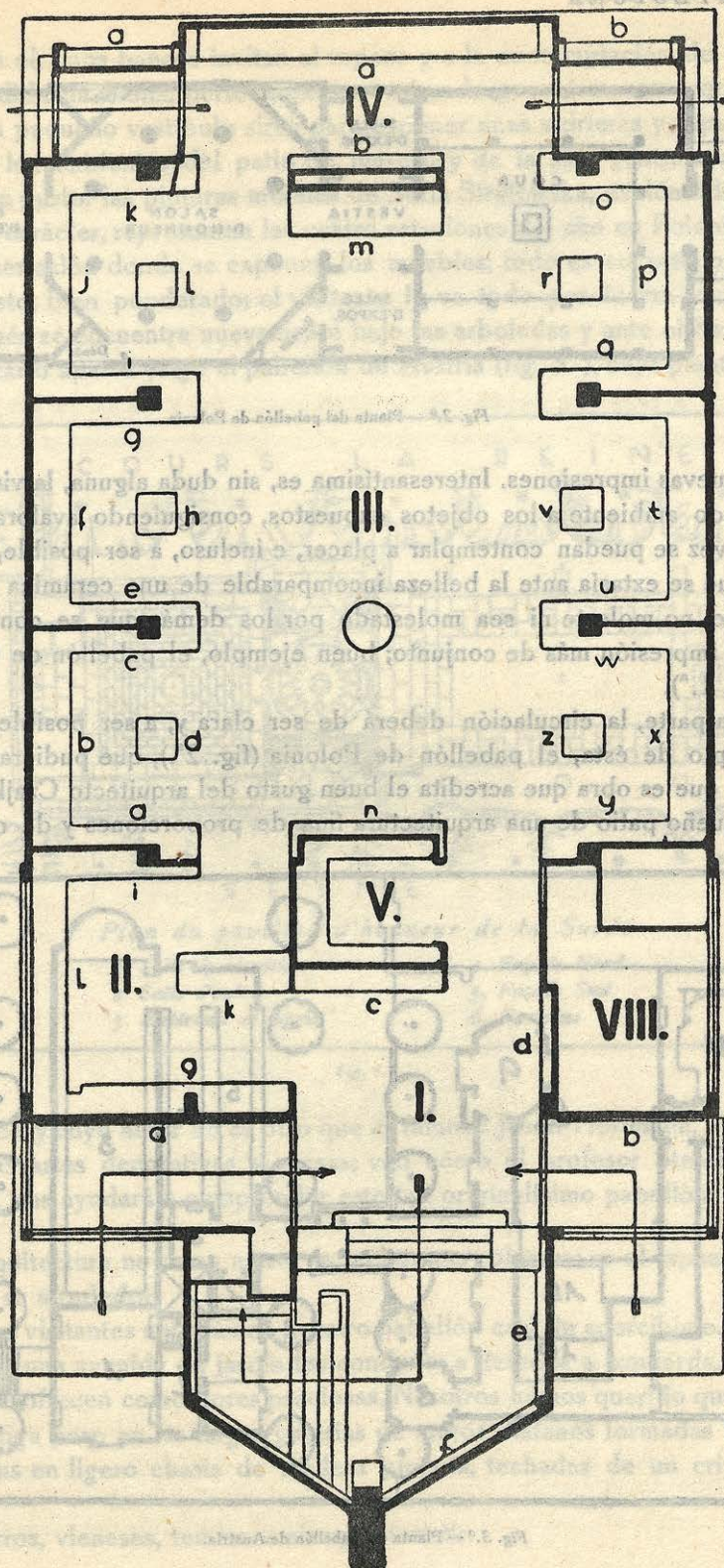
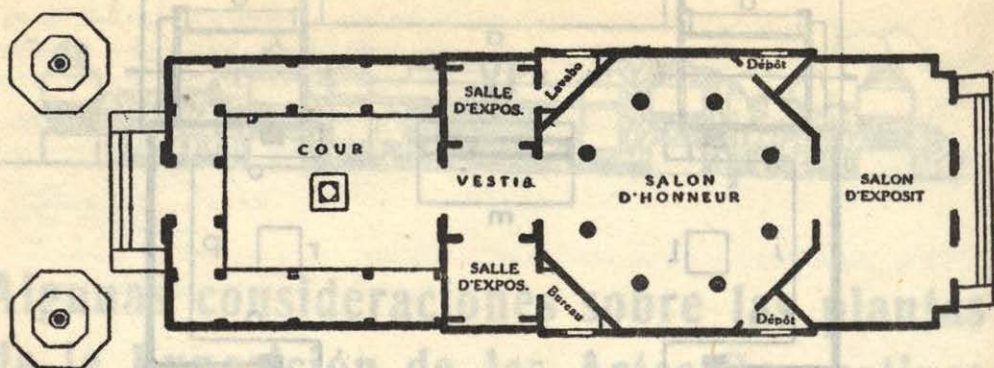


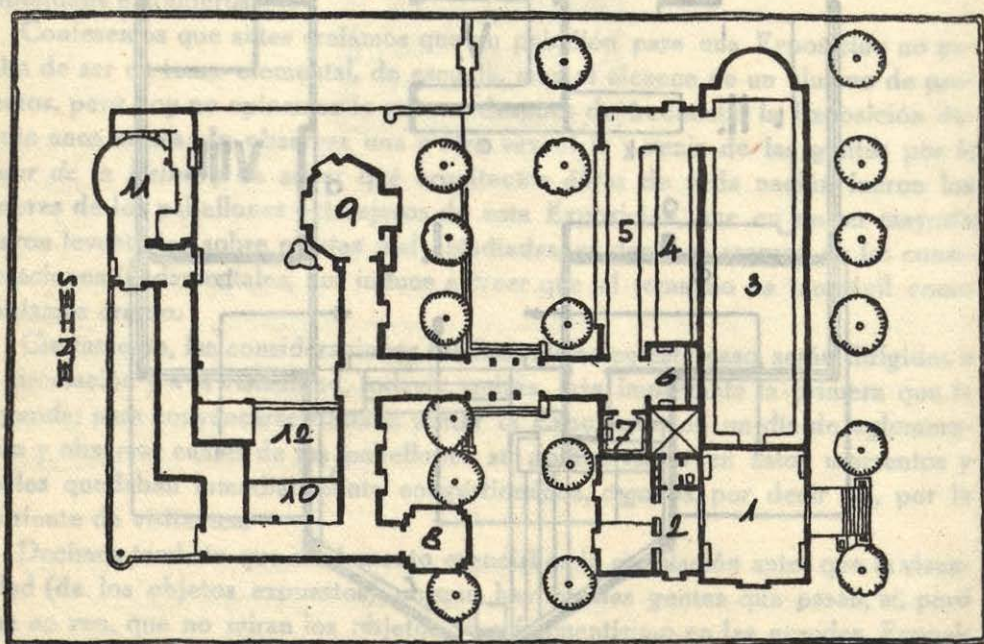
Fig. 1.^a — Planta del pabellón de Checoslovaquia.

Fig. 2.^a — Planta del pabellón de Polonia.

acumular nuevas impresiones. Interesantísima es, sin duda alguna, la visualidad, el dar adecuado ambiente a los objetos expuestos, consiguiendo avalorarlos, facilitando a la vez se puedan contemplar a placer, e incluso, a ser posible, que aquel visitante que se extasía ante la belleza incomparable de una cerámica de Lossen, por ejemplo, no moleste ni sea molestado por los demás que se conforman con recibir una impresión más de conjunto; buen ejemplo, el pabellón de Checoslovaquia (fig. 1.^a).

Por otra parte, la circulación deberá de ser clara y, a ser posible, rectilínea; buen ejemplo de ésta, el pabellón de Polonia (fig. 2.^a), que pudiéramos llamar perfecto, y que es obra que acredita el buen gusto del arquitecto Czajkowski.

Un pequeño patio de una arquitectura fina de proporciones y de clásica sim-

Fig. 3.^a — Planta del pabellón de Austria.

plicidad; en él, unos bancos invitan al reposo y a la contemplación de una escultura espléndida de Kuna, perfectamente avalorada por el marco arquitectónico; después, un pequeño vestíbulo sirve para exponer unas vidrieras y separar, con su velada luz, los ambientes del patio de ingreso y de la sala central; en ésta, una maravilla de gusto: las pinturas murales de Sofía Stryjewska, espléndidas de color y llenas de carácter, representan las cuatro estaciones del año en Polonia; por último, un tercer salón donde se exponen los muebles; todo es en este pabellón espacioso, justo, bien ponderado; el visitante lo ve todo por fuerza y sin fatiga, y poco después se encuentra nuevamente bajo las arboledas y ante el Sena.

Comentario aparte exige el pabellón de Austria (fig. 3.^a), cuya planta nos llena

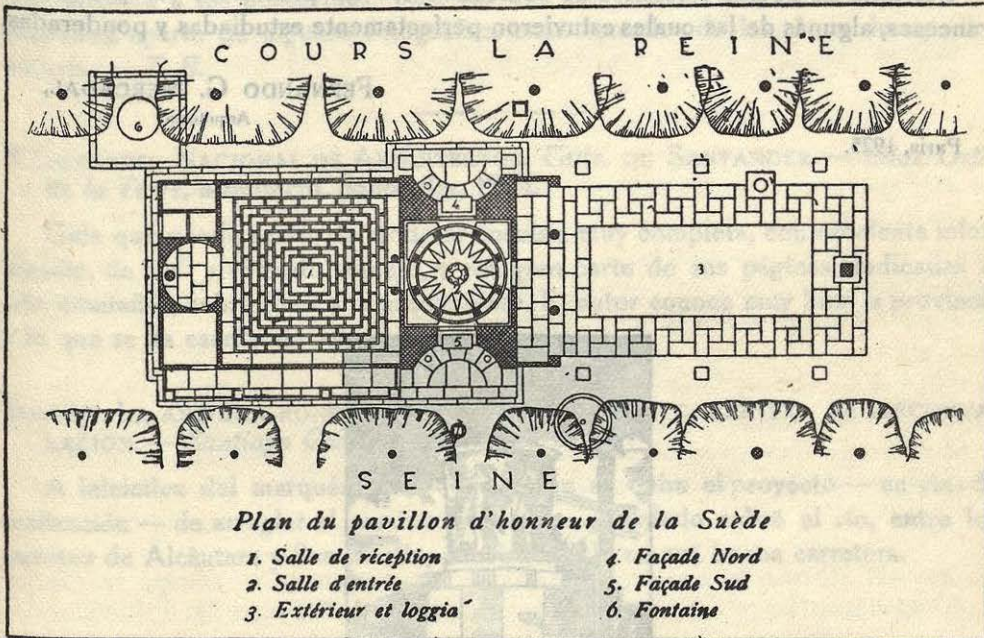


Fig. 4.^a

de confusión y cuyo autor no es otro que el famoso Josef Hoffmann, el sumo pontífice de las artes decorativas vienesas; ved cómo el profesor Steinhof, con no poco *sprit*, nos ayudará a comprender este tan originalísimo pabellón; él dijo a un periodista:

«La arquitectura no es un muro, un techo, una columna: es el espacio, la luz, es la vida de su alrededor.

»Así, los visitantes entrarán en nuestro pabellón casi sin apercibirse. Un camino semejante a una avenida de jardín les conduce; a derecha e izquierda, los objetos artísticos se ofrecen como flores preciosas. Nosotros hemos querido que nada, que ninguna fatiga pese en las largas galerías de muros diáfanos formadas por vitrinas encuadradas en ligero chasis de madera pintada, techadas de un cristal deslustrado.

»Nosotros, vieneses, tememos siempre insistir.

«Nosotros no queremos encerrar al público en una jaula, clavarle al suelo por una estupefacción de mala fe; mirad si esto os gusta, no os detengáis demasiado, dejáros llevar, el aire es azul y las mujeres bellas...»

Desdichadas las plantas de los pabellones de Holanda, Italia, España, Suecia (fig. 4.^a). Consideración y especial estudio merecería la del pabellón de la República Soviética, interesantísimo por todos conceptos y de una indiscutible originalidad, obra del arquitecto Melnikoff.

El pabellón de dos plantas, como el de Grecia o Yugoslavia, no nos parece el más indicado; son los de este tipo, por lo general, difíciles de iluminar en todos sus ambientes y de circulación molesta.

Por falta de figuras y espacio no comentaremos las plantas de los pabellones franceses, algunas de las cuales estuvieron perfectamente estudiadas y ponderadas.

FERNANDO G. MERCADAL,
Arquitecto.

París, 1925.

